

La otra cara de la luna. Estados Unidos y la coyuntura electoral de 2016

Dr. Jorge Hernández Martínez

Sociólogo y politólogo. Profesor Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana. Presidente de la Cátedra «Nuestra América y Estados Unidos». La Habana, 6 de febrero de 2017.

Resumen:

El artículo analiza el contexto social, político e ideológico en que se llevó a cabo el proceso de elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos, enfatizando en las condiciones y factores que hicieron posible la victoria de Donald Trump. Se argumenta la crisis de los partidos, el agotamiento del liberalismo y el auge del conservadurismo, así como el resentimiento y enojo de la clase media blanca, anglosajona y protestante, y trabajadores de cuello azul que fueron afectados bajo el gobierno de Obama. Trump se apoyó en esa base social, creó chivos expiatorios y con habilidad logró manipular y captar el apoyo y el voto de ese sector, prometiéndoles que nunca más serían olvidados.

Palabras clave:

Ideología, elecciones, clase media, Estados Unidos, Trump.

Abstract:

The article analyzes the social, political and ideological context in which the 2016 presidential elections in the United States took place, emphasizing the conditions and factors that made possible the victory of Donald Trump. The party crisis, the depletion of liberalism and the rise of conservatism, as well as the resentment and anger of the white, Anglo-Saxon and Protestant middle

class and blue-collar workers who were affected under the Obama Administration are argued. Trump relied on that social base, created scapegoats and skillfully managed to manipulate and capture the support and vote of that sector, promising that they would never be forgotten.

Keywords:

Ideology, elections, middle class, United States, Trump.

Introducción

La otra cara —o la cara oculta— de la Luna. Como se sabe, esa popular expresión es utilizada en sentido figurado para destacar realidades que contrastan o que no guardan correspondencia con la imagen habitual que se tiene de una situación, objeto o fenómeno. La frase hace referencia al hemisferio del satélite lunar que no es observable desde la Tierra, debido a que la Luna tarda en rotar sobre sí misma lo mismo que su movimiento de traslación alrededor de nuestro planeta, provocando que el satélite muestre siempre la misma cara, la familiar, la conocida.

Al mirar a los Estados Unidos hoy, luego de los resultados electorales de los comicios realizados el 8 de noviembre de 2016 y de la toma de posesión del nuevo presidente, el 20 de enero de 2017, resulta válido acudir a esa representación metafórica, toda vez que para no pocos observadores y lectores, ese país ofrece, como de repente, un rostro con el que no estaban familiarizados, poco conocido; un escenario de difícil explicación que chocaba con las expectativas, vaticinios y visiones que prevalecían en la opinión pública internacional. Una conclusión preliminar, desde esa óptica, identificaba una alternativa: o no se conocía tan bien como se pensaba a la sociedad norteamericana, cuya realidad no se ajustaba a los mitos y cuadros tradicionales aprendidos, o dicha sociedad había cambiado mucho y faltaban piezas en el rompecabezas analítico para entender su presente. En rigor, la clave interpretativa requiere combinar ambas opciones: la del sesgo introducido por la primera de ellas (o sea, por la imagen estereotipada e idílica con la que se ha presentado a los Estados Unidos), y la del reconocimiento del cambio, según la segunda (es decir, la insuficiente comprensión sobre la profundidad de las transformaciones estructurales y culturales operadas en esa nación, sobre todo a lo largo de los últimos treinta y tantos años). En resumen, los esque-

mas explicativos con los que se ha mirado a la sociedad estadounidense, su historia y su contemporaneidad, no resultan funcionales. Siempre muestran la misma cara. Como sucedería con la luna, de lo que se trata es de mirar a la otra cara.

En otras palabras, como señalan los historiadores Pablo Pozzi y Fabio Nigra, «el problema de estudiar cualquier fenómeno sociohistórico cercano al presente es que nuestro mundo ha cambiado, y categorías y estructuras que considerábamos inmutables se han desvanecido en el aire. Por ende, los estudios históricos se encuentran inficionados de una cantidad de categorías perimidas, que intentan explicar fenómenos novedosos e inéditos. Esto se torna aún más complejo en el caso de los Estados Unidos porque a las categorías perimidas, debemos agregar una cantidad de mitos y leyendas elaborados, impuestos y comúnmente aceptados desde la hegemonía y el consenso que impone la potencia imperial».¹

De ahí que pueda afirmarse que la sorpresa inicial que conllevó la victoria electoral de Donald Trump haya sido relativa, en la medida en que si bien la inmensa mayoría de los análisis, pronósticos y sondeos de opinión apuntaban, con elevados porcentajes de certeza, hacia el triunfo demócrata de Hillary Clinton, existía un entramado objetivo de condiciones y factores —a menudo insuficientemente ponderados, cuando no ignorados—, que permitía augurar la derrota demócrata y el retorno republicano a la Casa Blanca. Ese trasfondo tenía y tiene que ver con la crisis que define a la sociedad norteamericana, como ya se indicaba, durante ya más de tres décadas, la cual no solo se ha mantenido, en medio de parciales recuperaciones —sobre todo en el ámbito económico, propagandístico y tecnológico-militar—, sino que se ha profundizado entre intermitencias y altibajos, en el terreno cultural, político e ideológico.² En un lúcido y conocido análisis, Michael Moore se anticipaba a visualizar el resultado de la elección presidencial de 2016.³ Lo que a través de la prensa se ha identificado como «el fenómeno Trump», se explica en buena medida a partir del rechazo a los partidos y políti-

¹ Pablo Pozzi y Fabio Nigra, «Prólogo», en Pablo Pozzi y Fabio Nigra (Compiladores), *Huellas imperiales. De la crisis de 1929 al presidente negro*, Imago Mundi, segunda edición, Buenos Aires, 2013, p. XIV.

² Véase Fareed Zakaria: «Can America Be Fixed? The Next Crisis of Democracy», en *Foreign Affairs*, January/February, 2013.

³ Véase Michael Moore: «El próximo presidente de EE.UU. será Donald Trump», en: www.cubadebate.cu/noticias/2016/07/29/michael-moore-el-proximo-presidente-de-eeuu-sera-donald-trump/#.WCOyd9UrPcc.

cos tradicionales, pero sobre todo, al resentimiento acumulado contra un gobierno encabezado por un presidente negro, ante la posibilidad de que le sucediera en el cargo una mujer, unido ello a una crisis de credibilidad y confianza más amplia.

Según precisó reciente en su último trabajo Luis Fernando Ayerbe, «la victoria del Partido Republicano en las elecciones genera perplejidad. Claramente, el empresario Donald Trump expuso en su campaña diferencias importantes con relación a la candidata Demócrata, Hillary Clinton, en cuyo entorno se alinearon referentes de la Administración Bush, componiendo un *establishment* suprapartidario preocupado con la permanencia del excepcionalismo estadounidense, que se consideró amenazado por tendencias aislacionistas explicitadas por Trump en alocuciones, cuestionando acuerdos económicos y apoyos militares a aliados tradicionales».⁴

De modo satírico, Ofelia Pérez Cruz utiliza en un reciente artículo la frase «In Trump We Trust», acudiendo a la que aparece en los billetes norteamericanos, enfatizada por algunos e inadvertida por otros, por fuerza de la costumbre, «In God We Trust».⁵ Así, destaca la idea, adelantada por Noam Chomsky meses atrás, cuando al referirse a las primarias, señalaba que «haciendo a un lado elementos racistas, ultranacionalistas y fundamentalistas religiosos (que no son menores), los partidarios de Trump son, en su mayoría, blancos de clase media-baja, de las clase trabajadora, y con menor educación, gente que ha sido olvidada durante los años liberales».⁶

Resulta inevitable concentrar las miradas en la figura de Trump, a partir de todo lo que simboliza el vertiginoso auge que durante la campaña tuvo su figura, hoy convertida en la del Presidente de la nación más poderosa del mundo. Ese triunfo se produce aún cuando el lenguaje y conducta de Trump contradicen varios de los mitos fundacionales de ese país, que le identifican a escala mundial con la tierra prometida, la de las oportunidades, emblema de la libertad y la

⁴ Luis Fernando Ayerbe: «Estados Unidos y América Latina: Balance de la Administración Obama y perspectivas con la elección de Donald Trump», en *Dossier Especial sobre Elecciones USA*, en el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociología-alas.org.

⁵ Ofelia Pérez Cruz: «In Trump We Trust. Fundamentalismo religiosos y política en EEUU», en *Dossier Especial sobre Elecciones USA*, en el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociología-alas.org.

⁶ Noam Chomsky: «Trump es el triunfo de una sociedad quebrada», en *La Jornada*, www.jornada.unam.mx, 24 de febrero de 2016.

democracia. Trump es electo por el voto mayoritario del Colegio Electoral, que no fue coincidente, como se sabe, con la votación popular. ¿Cuál es el significado histórico y político de un hecho, que para muchos, es casi inexplicable? ¿Representa ello una quiebra del patrón tradicional que ha caracterizado la vida política y cultural del país? Junto a estas, emergen otras interrogantes, no menos inquietantes, relacionadas con el rumbo internacional que seguirá la política exterior de la nueva administración, el tratamiento que dará a los diversos temas de su agenda social, económica, energética, geopolítica, migratoria. La sensación de incertidumbre se refuerza por las repetidas generalidades, las escasas concreciones y las frecuentes contradicciones en las que el ya presidente electo incurrió durante la campaña.⁷ Trump ha representado un estilo inédito en los procesos electorales en los Estados Unidos. Su discurso demagógico ha prometido empoderar, con aliento proteccionista, al empresario capitalista y al trabajador con precariedad de empleo, quienes le exigirán que cumpla con sus promesas nacionalistas. Ha declarado «personas *non gratas*» a quienes no reúnen las características estereotipadas que ha creado el cine de Hollywood, la historieta gráfica y el serial televisivo en torno a la familia norteamericana: blanca, de clase media, disciplinada, individualista, protestante.⁸ En la sociedad norteamericana ya existe una cultura política marcada por una concepción hegemónica en torno a los *diferentes*, es decir, las llamadas minorías que en el lenguaje posmoderno son calificadas y consideradas como los *otros*. Trump apelará a la visión racista, excluyente, discriminatoria, que el politólogo conservador Samuel P. Huntington estableció en sus escritos tristemente célebres, que argumentaban la amenaza que a la identidad nacional y a la cultura tradicional estadounidense, de origen anglosajón, entrañaba la otredad, encarnada en la presencia intrusa hispano-parlante de los migrantes latinoamericanos.⁹

Más allá de lo imperioso y útil de apreciaciones como las aludidas, y de la necesidad de responder a preguntas como las formuladas —lo cual escapa al propósito del presente trabajo—, quizás convenga prestar atención, además, al contexto que explica los acontecimientos. A partir de

⁷ Véase Carlos Malamud: «Incógnitas de la futura relación entre EE.UU. y América Latina», en: www.infolatam.com/2016/11/13/incognitas-de-la-futura-relacion-entre-ee-uu-y-america-latina/.

⁸ Véase Marco A. Gandásegui (hijo): «EE.UU., elecciones 2016», en *Dossier Especial sobre Elecciones USA*, en el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociologia-alas.org.

⁹ Véase Samuel P. Huntington: *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Editorial Paidós, México, 2004.

aquí se puede comprender la posibilidad de que, sobre la base de los cambios demográficos, político-culturales y de otros aspectos que conforman la prolongada e inconclusa crisis norteamericana —cuyas transiciones estructurales e ideológicas siguen desplegándose—, fuera viable la victoria republicana de un candidato anti-*establishment*, con proyecciones populistas y nativistas de derecha radical, tan intolerante, misógino, racista y xenófobo. Una hipótesis acerca de tales cambios y transiciones es lo que anima las ideas que se exponen en este trabajo, intentando mostrar de modo abreviado esa otra cara de la sociedad norteamericana.¹⁰ Penetrar analíticamente en ella permite complementar y completar la imagen que ofrecía la cara visible, la que llevaba a pensar que luego de que un hombre de piel negra ocupara la Casa Blanca durante ocho años, ahora era el turno de una mujer.

La cristalización de Trump como precandidato republicano y su desenvolvimiento ulterior hasta la nominación como candidato y elección como Presidente constituye un fenómeno político que emerge a partir de una crisis que trasciende la de los partidos políticos en los Estados Unidos. En rigor, Trump no era un *rara avis*, algo poco común, sin desconocer sus excentricidades, histrionismos y aparentes desquicies. Existían condiciones que explicaban su aparición y resonancia, relacionadas con cambios estructurales y con esa cara oculta de la sociedad norteamericana, que aunque transformada, sigue siendo esencialmente blanca, racista, con sentido de superioridad étnica y religiosa, y una parte de la cual se había sentido afectada y olvidada. Trump proviene de un fenómeno que tiene antecedentes desde las épocas de los años de 1960 y 1970, cuando surge lo que se conocería como la nueva derecha y que después se va concretizando cada vez más en lo

¹⁰ En este sentido, el presente artículo retoma puntos de vista e interpretaciones que el autor ha venido argumentado en trabajos anteriores. Véase Jorge Hernández Martínez, «Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo: ¿Perspectivas de cambio bajo la Administración Obama?», en: *Cuba Socialista*, No. 55, Abril-Junio, La Habana, 2010; «Obama y el ciclo de la política norteamericana: ¿hacia un nuevo proyecto nacional?», en *Cuadernos de Nuestra América*, No. 45, CIPI, Enero/Junio, La Habana, 2010; «Los árboles y el bosque: Estados Unidos, la crisis y las elecciones de 2012», en *Huellas de Estados Unidos. Estudios, perspectivas y debates desde América Latina*, No. 4, Cátedra de Historia de Estados Unidos UBA, Marzo, 2013; «Los Estados Unidos: perspectivas y opciones de los procesos político-ideológicos internos», en *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. XXV / No.47, CIPI, Julio/Diciembre, La Habana, 2013; «Estados Unidos: Ideología y política en tiempo de transición», en *Temas*, No. 81-82, ICAIC, Enero/Junio, La Habana, 2015; «Estados Unidos ante la contienda electoral de 2016: crisis cultural, contradicciones ideológicas y dilemas políticos», en *Huellas de Estados Unidos. Estudios, perspectivas y debates desde América Latina*, No. 11, Cátedra de Historia de Estados Unidos UBA, Sept.-Oct., 2016.

que se plasmó en la coalición conservadora que floreció en la década de 1980, y en el siglo XXI en el *Tea Party*.

En el contexto de la doble Administración Obama se profundizó el resentimiento de ese sector, integrado por personas blancas, adultas, que fueron golpeadas por la crisis de 2008 y sus secuelas, identificados como trabajadores «de cuello azul»; se trata de individuos con bajos niveles educativos, que perdieron sus casas, sus empleos, cuyos problemas no fueron resueltos ni atendidos por el gobierno demócrata. Trump se apoyó en esa situación y en esa base social, creó chivos expiatorios y logró, con habilidad, manipular y captar el apoyo y el voto de ese sector.¹¹

Premisas

A fin de incursionar en el tejido estadounidense y discernir entre acontecimientos, coyunturas y tendencias, el análisis parte de algunas puntualizaciones básicas. Ante todo, hay que recordar que el proceso electoral en los Estados Unidos está definido por particularidades que se corresponden con la peculiar implantación histórica del modo de producción capitalista y del régimen político demoliberal, desde la propia formación de la nación. Sus soportes conceptuales establecen el federalismo, la división tripartita de poderes y el bipartidismo como características del sistema que rige la dinámica política que, cada cuatro años, conduce a la elección del presidente del país. Desde el punto de vista de la teoría que sostiene el modelo del sistema político, el sentido de la representación es fundamental y es la primera función de los partidos, los que también permiten el ejercicio del control aparentemente popular de las instituciones políticas, organizan, jerarquizan e integran las demandas sociales, así como cumplen una función de cohesión social.

El sistema político norteamericano está conformado, a grandes rasgos, por tres subsistemas, cada uno de los cuales posee una lógica sistémica propia: el de gobierno, el electoral y el partidista.¹² Asumido en su conjunto, dicho sistema (según fue concebido por los llamados de la

¹¹ Jesús Velasco: «Análisis Posdebate: ¿Qué es Trump?», en *Aristegui CNN*, www.writtenepisodes.com/watch-video/F49-Fx-d8lk/Aristegui%20y%20Jesus%20Velasco.

¹² Véase Jorge Hernández Martínez: «El sistema político y los procesos ideológicos», en Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Estados Unidos y la lógica del imperialismo. Una visión crítica*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2012.

nación en el último cuarto del siglo XVIII), descansa sobre un subsistema de gobierno que, supuestamente, cuenta con el consentimiento de los gobernados. De ahí que sea a través del voto, del proceso eleccionario, que los gobernados puedan expresar, casi que de manera exclusiva, esa adhesión.

Así, el subsistema de gobierno y el subsistema electoral están estrechamente interrelacionados. Los ejercicios cuatrienales para ocupar la Casa Blanca —mediante los cuales se lleva a cabo la elección del presidente y la designación del vicepresidente del país—, junto a las elecciones legislativas cada dos años, en que se renueva la totalidad de la Cámara de Representantes y un tercio del Senado, a los comicios estatales para gobernadores y legisladores a ese nivel, y a los que ocurren a niveles locales o municipales, donde se eligen los alcaldes y una serie interminable de otros funcionarios de base, dan muestra de la centralidad del voto en el sistema político norteamericano.

En ese entramado se integra también el subsistema partidista. Los dos partidos políticos tradicionales de los Estados Unidos —el Demócrata y el Republicano—, son los principales contendientes en los comicios a todos los niveles, aunque, por supuesto, no son los únicos partidos políticos que existen. Los Demócratas y los Republicanos, sin embargo, monopolizan el juego político electoral, al punto de ser considerados más bien como coaliciones electorales en pugna por ocupar los cargos electivos.¹³

Aunque el sistema político, como totalidad, se presenta a sí mismo en los Estados Unidos como una democracia, ninguno de los dos documentos fundacionales de la nación —la Declaración de Independencia de 1776 o la Constitución de 1789, aún vigente, perfeccionada con sucesivas Enmiendas—, desarrolla la palabra democracia. De hecho, los principios sobre los que se erigió este sistema, como el de contrapesos y balances, entre las tres ramas de gobierno (la Ejecutiva, la Legislativa y la Judicial), el férreo control de los cargos electivos por parte de los dos partidos principales, y la elección como la única forma de participación de los ciudadanos en los procesos políticos, indican que el sistema político norteamericano fue diseñado para que los poderes del Estado que se creaba a partir de la independencia de las Trece Colonias britá-

¹³Ramón Sánchez-Parodi: «¿E Pluribus Unum? Reflexiones sobre las elecciones de 2004: Antecedentes e incidencia en el futuro de los Estados Unidos de América», en Jorge Hernández Martínez (Coordinador): *Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. 34.

nicas quedaran firmemente en manos de la clase burguesa dominante, y no fueran amenazados sus intereses por la irrupción de las masas con sus demandas democráticas.¹⁴

En consecuencia, el subsistema electoral norteamericano no ha sido concebido, desde su temprana articulación histórica y hasta el presente, para cambiar el sistema, sino para reproducirlo y consolidarlo. Bajo estas premisas, los resultados del proceso eleccionario anterior —de 2012— deben interpretarse más en términos de continuidades que de cambios, sin que ello ignore ajustes, reorientaciones y ciertas mudanzas, impuestas por el dinamismo de las circunstancias. Cuando se pasa una rápida revista a los dos períodos de gobierno de Obama, sin perder de vista los contextos en que se desarrollaron, las peculiaridades de las dos campañas presidenciales, los problemas que enfrentó cada una de las Administraciones, reteniendo las promesas y agendas que formuló y sus desempeños reales, se advierten más puntos de contacto que diferencias abismales. Determinados temas quedaron pendientes o fueron pospuestos desde los discursos de 2008, y al examinar las alocuciones de Obama sobre el estado de la Unión, pronunciadas luego de los días 20 de enero durante los ocho años que ocupó la Sala Oval, corroboran lo planteado. Podrían mencionarse, entre otros, tópicos como el control de armas, la reforma migratoria integral y la fiscal, el cierre de la cárcel en el territorio de la base naval militar estadounidense, en Guantánamo.

En estrecha relación con las consideraciones anteriores, está el hecho de que cuando algún mandatario en ese país se ha proyectado, bien por objetivos y conceptos propios, bien bajo la presión de determinados contextos, compromisos o grupos políticos, actuar en contra o con independencia de los intereses del sistema en su conjunto —definidos por la lógica del imperialismo, del capital financiero, de la estructura de poder permanente—, ha tropezado, de modo más o menos traumático, hasta ilegal y violento, con límites que le impiden ese actuar. Desde este punto de vista, aún y cuando el recién electo Presidente Donald Trump intentase ser consecuente, por ejemplo, con el cumplimiento de formulaciones como las referidas al alejamiento de los tratados de libre comercio, la deportación masiva de inmigrantes

¹⁴ Véase Thomas Jefferson to James Madison on the 'Oppressiveness' of an 'Energetic' «Government and the Need for a 'Bill of Rights' in the New Constitution», en Andrew Carroll (Editor), *Letters of a Nation. A Collection of Extraordinary American Letters*, Broadway Books, New York, 1999, p. 76.

ilegales, ello sucedería sólo en la medida en que satisfaga intereses del sistema. La figura de Obama llegó a la Presidencia no a causa, como algunos pensaron, del color de su piel, sino a pesar de ello. No se trataba de que los Estados Unidos hubiesen cambiado tanto como para propiciar que un *afroamericano* fuese preferido; Obama fue electo porque representaba mejor que John McCain los intereses del sistema, que captaba las necesidades de cambio de la nación, hastiada del lenguaje e implicaciones para el país del desempeño de W. Bush. En el caso de Trump, es muy temprano para evaluaciones definitivas, pero de manera preliminar —luego de valorar sus proyecciones verbales y factuales luego de la toma de posesión, que son coherentes con su discurso de campaña—, pareciera confirmarse que reflejan el cansancio y hartazgo de la sociedad norteamericana ante opciones como las presentadas por políticos tradicionales, como las de Hillary Clinton, y la exigencia de cambios, como lo que simbolizaban las promesas y la novedad de la proyección de Trump. Lo que se trata de enfatizar con estas ideas es el carácter complejo y contradictorio del sistema y los procesos políticos en los Estados Unidos, las interacciones entre las partes y el todo, entre los elementos objetivos y subjetivos, el liderazgo individual y las estructuras colectivas, los gobiernos pasajeros (las Administraciones) y el gobierno permanente (el Estado).

Por otra parte, como lo ha expresado Abraham Lowenthal, «los retos centrales de los Estados Unidos en el primer cuarto del siglo XXI no radican en la destreza ni en el potencial de su economía, ni tampoco en su influencia externa o su poder relativo. La cuestión central es más bien la capacidad del sistema político estadounidense para moldear e implementar políticas públicas que respondan a las preocupaciones de hoy y de mañana».¹⁵

Corrientes ideológicas y partidos: la cultura política norteamericana

Sin embargo, la sociedad norteamericana ha sido, desde un punto de vista histórico, predominantemente consensual, debido a la adhesión de la mayor parte de su población y de los sectores que la componen a determinados acuerdos básicos, establecidos sobre la base de los

¹⁵ Abraham Lowenthal: «Estados Unidos a principios del siglo XXI. ¿Declive o renovación?», en Luis Maira y Gustavo Vega (Editores), *El segundo mandato de Obama. Una mirada a la dinámica interna de la sociedad estadounidense*, CIDE, México, 2013, p. 27.

valores del capitalismo como modo de producción, formación social y patrón de organización económica, unido a la democracia liberal, como forma acompañante de organización política.¹⁶ Algunos autores incorporan otros elementos a los que identifican como constitutivos del *credo norteamericano*, tales como el liberalismo, el individualismo, la democracia, el igualitarismo y una cierta actitud de independencia ante el gobierno y la centralización. El consenso se da sobre las particularidades que la democracia liberal adquirió en los Estados Unidos desde la formación de la nación, cuyos rasgos formales han persistido. La crisis de consenso ha sido relativa, ya que no se han puesto en tela de juicio esos atributos del *credo*.¹⁷ Por eso es que se afirma que se trata de un país con un alto índice de conflicto, pero donde el debate político tiene lugar dentro de márgenes ideológicos muy estrechos. Así, más que antinomias nítidamente contrapuestas, lo que resultan son contrastes y traslapes ideológicos y políticos.

Quizás la mejor explicación de lo que acaba de señalarse la provea Arthur Schlesinger Jr., cuando expresa que *en la república norteamericana conservadurismo y reforma, capitalismo y democracia, intereses privados e intereses públicos confluyen en definir la tradición política. Estas dos tirantes posiciones del pensamiento de los Estados Unidos tienen más puntos de acuerdo que de discordia. Ambas están comprometidas con la libertad individual, el Estado constitucional y el imperio de la ley. Ambas desempeñan un papel indispensable en la dialéctica de la política pública*.¹⁸ O sea, dos concepciones, dos discursos, una misma tradición. En las condiciones históricas de los Estados Unidos, el conservadurismo florece dentro de una matriz liberal, lo que explica la muy relativa distancia entre una y otra corriente, en tanto que las alternativas de izquierda han tenido una debilidad notoria. Según la interpretación de Louis Hartz, se trata de que en la sociedad norteamericana no ha existido un conservadurismo al estilo europeo y, por lo tanto, no ha sido necesaria una reacción dialéctica de oposición, como el socialismo o alguna otra corriente de

¹⁶ Véase Richard Hofstadter: *La tradición política americana*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1969, y George H. Nash: *The Conservative Intellectual Movement in America*, Basic Books, Inc. Publishers, New York, 1976.

¹⁷ Véase Gunnar Myrdal: *An American Dilemma*, Panteón Books, N.Y., 1972; Godfrey Hodgson, *American in Our Time: From World War II to Nixon, What Happened and Why*, Vintage Books, N.Y., 1976; Samuel P. Huntington: *American Politics: The Promise of Disaharmony*, The Belknap Press of Harvard University, Cambridge, 1981.

¹⁸ Arthur A. Schlesinger Jr.: *The Cycles of American History*, Houghton Mifflin Company, Boston, 1966, p. 46.

izquierda. Su explicación intenta aclarar por qué en los Estados Unidos no han sido importantes los movimientos y partidos de izquierda. En esencia, se trata de que como no hubo una sociedad feudal, no ha habido una tradición revolucionaria.¹⁹

En ese país, como apunta Patricia de los Ríos,

el hecho de que los partidos no representen visiones del mundo radicalmente opuestas, como sucedió en Europa o América Latina durante el siglo XX, y la propia complejidad de la sociedad estadounidense crearon estructuras partidarias laxas que no tienen un sentido de militancia, como forma de vida, ni de disciplina partidaria. Más bien, quienes se identifican con un partido tienden a inscribirse en sus listas. Esta característica es importante para explicar la relación entre los partidos y sus votantes. Se puede decir entonces que los partidos tienen funciones institucionales, características específicas y, desde luego, una historia que es fundamental para entender su evolución.²⁰

Los Estados Unidos han sido escenario de una prolongada crisis y de hondas transformaciones en la estructura de su sociedad y de su economía, llevando consigo importantes mutaciones tecnológicas, socioclasistas, demográficas, con expresiones también sensibles para las infraestructuras industriales y urbanas, los programas y servicios sociales gubernamentales, la cultura, la composición étnica y el papel de la nación en el mundo. Se trata de cambios graduales y acumulados, que durante los últimos treinta años han modificado la fisonomía integral norteamericana. Sin embargo, a pesar de que en buena medida la sociedad ha dejado de ser monocromática, y se puede calificar de multicultural, multirracial y multiétnica, ello no se traduce en que se haya diluido o mucho menos, perdido, su naturaleza *wasp*, en tanto blanca,

¹⁹ Véase Louis Hartz: *La tradición liberal en los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994. También veáanse otros trabajos que permiten una completa y matizada comprensión histórica: Seymour Martin Lipset: *El excepcionalismo norteamericano. Una espada de dos filos*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000; Kart W. Deutsch, Capítulo X: «Los Estados Unidos», en *Política y gobierno*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, y Luis Maira: «Estados Unidos ante el cambio del escenario internacional», *Revista Mexicana de Política Exterior*, No. 65, Instituto Matías Romero, SRE, México, febrero 2002.

²⁰ Patricia de los Ríos: «Pasado y futuro del Partido Republicano. De Lincoln al Tea Party», en Luis Maira y Gustavo Vega (Editores), *El segundo mandato de Obama. Una mirada a la dinámica interna de la sociedad estadounidense*, CIDE, México, 2013, p. 151.

anglosana y protestante, cuya representación esencial es la de la clase media, sin ignorar la gravitación de la gran burguesía monopolista, de la oligarquía financiera, ni de la clase obrera, los trabajadores de servicios, ni el amplio sector asociado al desempleo, subempleo y la marginalidad. Es importante esta precisión en la medida en que, con frecuencia, se le atribuye a la sociedad norteamericana un perfil tan cambiante y cambiado que absolutiza las transformaciones, lo cual lleva, por ejemplo, a interpretaciones como las que a partir del lugar actual de las llamadas minorías, como los latinos y los negros, han estimado que en las elecciones de 2016, las bases sociales y electorales del partido demócrata estaban garantizadas, y auguraban con cierto simplismo que la victoria de Hillary Clinton era casi segura.

Más allá del primer decenio del siglo XXI, el proceso en curso en la segunda década, derivado de las citadas crisis y transformaciones, no ha conllevado, aún, una versión sustitutiva del proyecto nacional, de modo que ante tales indefiniciones y búsquedas, los Estados Unidos enfrentan un escenario de transiciones objetivas que mantienen tensiones y enfrentamientos e impiden la rearticulación plena del consenso. Si bien el proyecto conservador avanzado por ambas presidencias durante doce años en el decenio de 1980, latente bajo Clinton en el de 1990, rescatado y remozado por W. Bush en la década de 2000, concluyó con su visible decadencia en tanto propuesta gubernamental de alcance nacional, sus secuelas perduran de modo vigoroso, en tanto que en los años de 2010, con Obama, no termina de cristalizar una propuesta alternativa desde el liberalismo ni se advierten perspectivas en el corto plazo. Lo que se aprecia en el espectro político-ideológico estadounidense actual es una coexistencia dialéctica de posiciones de derecha y de centro-derecha, con amagos liberales o moderados a distintos niveles, que atraviesan al Ejecutivo, al Congreso, los partidos, la opinión pública, la cultura cívica, los círculos intelectuales.

De cierta manera, la polémica y las divisiones que se manifiestan en la historia reciente del presente siglo en torno al modo de encarar la relación Estado/sociedad/mercado y demás temas mencionados, llevan consigo la pugna por una nueva redefinición del proyecto nacional, como —salvando distancias— ocurrió durante la guerra civil y las citadas inflexiones del *New Deal* y la revolución conservadora. La importancia de un proceso de transición de este tipo la dejó indicada hace muchos años Luis Maira, al enfatizar su complejidad y significación.

La validez de su apreciación aconseja retomarla. «Uno de los problemas más serios que puede afrontar un sistema político —ha señalado— es el del agotamiento del proyecto nacional que le sirve de fundamento sin que exista oportunamente uno alternativo para reemplazarlo. Cuando esta posibilidad ocurre, tanto el Estado y sus aparatos como la sociedad en que aquellos se insertan comienza a funcionar a la deriva, en un cuadro dominado por la simple administración de la crisis; semejante situación produce, como primer efecto, un completo desajuste entre las tendencias de corto y largo plazo del proceso político».²¹ Cabe agregar que esa transición sigue inconclusa.

Para apreciar lo que sucede a nivel político-ideológico en un contexto como el sugerido, uno de los conceptos más importantes es el de cultura cívica, desarrollado por Gabriel Almond y Sydney Verba, para quienes la cultura cívica da pie a la cultura política, siendo esta última una forma de describir a la sociedad considerando la percepción y la actitud dentro del sistema político y hacia el sistema político. Según esa propuesta, las cuestiones políticas no se pueden comprender solo mediante el estudio de los fenómenos específicamente políticos, sino que debe tomarse en cuenta una amplia diversidad de esferas y procesos sociales, que conectan la cultura cívica, en un sentido social amplio, con la cultura política, relacionada con el poder, las clases, los partidos, las ideologías, el Estado.²²

Los valores políticos fundamentales que sostienen emblemáticamente la sociedad norteamericana —como la libertad y la igualdad—, se articulan alrededor de un modelo pluralista en cuyo centro se ubica la figura del ciudadano, pero con marcadas expresiones de exclusión, discriminación, restricción de derechos, intolerancia y marginación, a partir del modo en que se rechaza todo aquello que no encaja en el patrón étnico, racial, religioso, de los llamados *wasps* (blancos, anglosajones, protestantes, de clase media). Así, la configuración histórica de los Estados Unidos le confieren a la cultura política nacional una estructura y unos contenidos que son definidos con una mezcla de orientaciones liberales y conservadoras en relación con aspectos cuya impronta no es consustancial a la política, como la familia, la moral, la religiosidad, el

²¹ Luis Maira: «EEUU: ¿un modelo agotado? Las elecciones y el proyecto nacional», en *Nueva Sociedad*, Caracas, No. 69, Nov-Dic 1983, p. 96.

²² Véase Gabriel Almond y Sidney Verba: *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963.

entretenimiento, sino que se integran en ese anillo más amplio, el de la cultura cívica.²³ Las encuestas recurrentes que ya son típicas de la vida cotidiana en ese país, dan cuenta de ello.

Al examinar esos nudos o superposiciones de la cultura norteamericana al finalizar la pasada década, al arribar a las elecciones presidenciales de 2008, quedaba claro que en el país se reclamaban cambios tanto en el orden objetivo como en el subjetivo. El cansancio acumulado, la crisis de confianza, el deterioro moral, el agotamiento ideológico del proyecto conservador sustentado por W. Bush, sus reveses económicos, el desencanto ciudadano, el clima psicológico de incertidumbre y temor, la ineficacia de la política exterior, la impopularidad de la gestión del Presidente, configuraban un cuadro de desgaste que el candidato demócrata Barack Obama capitalizó desde temprano durante el desarrollo entonces de la campaña, ofreciendo un discurso y una consigna primero a favor del cambio (*change*), y en 2012 llamando a seguir adelante (*go forward*).²⁴

En los Estados Unidos concurren hoy tendencias, contradicciones y superposiciones político-ideológicas que desdibujan las interpretaciones simplificadoras en términos que contraponen como incompatibles corrientes de pensamiento (liberales y conservadores) y estructuras partidistas (demócratas y republicanas). A nivel interno, la nación ha permanecido marcada por dificultades económicas, promesas incumplidas, insatisfacciones populares, polarizaciones políticas, rivalidades ideológicas, en tanto que en el ámbito externo el país ha seguido inmerso en confrontaciones bélicas, dentro de un escenario mundial de crisis, conmociones sociales e inestabilidad política.

A pesar de que el legado conservador del doble gobierno de W. Bush parecía agotado y que el renacimiento, con Obama, de una alternativa al menos cercana al liberalismo, apuntaba hacia un escenario de mayor racionalidad y coherencia, en realidad, la nueva Administración no se distanciaría mucho en determinados planos, más allá de la retórica, de ciertas posturas del presidente anterior. Si se quisiese clasificar el perfil de Obama en términos ideológicos, el ejercicio resultaría difícil;

²³ Véase Silvia Núñez: «Cultura política» en Rafael Fernández de Castro y Hazel Blackmore (Coordinadores), *¿Qué es Estados Unidos?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008, p. 94.

²⁴ Véase William H. Chafe: «The American Narrative: Is There One and What 's It?» en *Daedalus. Journal of the American academy of Arts and Science*, Winter, 2012, y John B. Judis, «Is This It? The Ecstasy and Agonies of a Permanent Majority», en *The New Republic*, December 6th, 2012.

su ubicación como liberal o conservador sería difusa, confusa, entre las discordancias y traslapes que muestra.

Ello ha tenido lugar en un escenario interno muy contradictorio, marcado por la ofensiva de la derecha en ascenso, como parte de la cual se distinguía una inspiración con tintes libertarios, populistas, nativistas, racistas, xenófobos, encarnada en el *Tea Party*. Y si bien como contraste el movimiento *Ocuppy Wall Street* expresó la capacidad contestataria, la inconformidad y rechazo de no pocos sectores sociales ante la oligarquía financiera, que se extendió en espacio y tiempo, se trató de un fenómeno que no cristalizó como una fuerza política que quebrara el equilibrio establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo.²⁵

Si se prosigue con similar línea de análisis, volviendo la mirada a circunstancias precedentes, se confirma que el dinamismo de las corrientes ideológicas se interrelaciona con implicaciones partidistas en la trayectoria de las contiendas presidenciales. Un repaso panorámico, deteniendo la vista en algunas coyunturas electorales anteriores a las aludidas, lo deja claro.

Así, cuando a finales de la década de 1960 terminaba la etapa de la lucha por los derechos civiles y contra la guerra en Vietnam, la victoria electoral republicana de Nixon en 1968 inició (o prefiguró) el ascenso de las fuerzas conservadoras. Quedó atrás el período de prolongado predominio demócrata, comenzado por Roosevelt y que concluyó con los sucesivos mandatos presidenciales de Kennedy y de Johnson, hacia mediados del citado decenio de 1960, cuando los grandes conflictos sociales y políticos de la época dividieron a los grupos de la coalición demócrata y provocaron en las bases liberales y progresistas de los demócratas un extendido rechazo a la gestión de gobierno, en el segundo caso. Así, se abrió un período conservador impulsado por el Partido Republicano que se extendió por cuatro decenios, hasta las elecciones del 2008, cuando con Obama retornan los demócratas a la Casa Blanca.

²⁵ Diferentes visiones acerca del acontecer contemporáneo en la sociedad norteamericana se encuentran, por ejemplo, en: Joseph Nye: *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go it Alone*, Oxford University Press, Oxford, 2002; John Micklethwait y Adrian Wooldridge: *Una nación conservadora: el poder de la derecha en Estados Unidos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007; Robert Kagan: *El retorno de la historia y el fin de los sueños*, Editorial Taurus, Madrid, 2008; Francis Fukuyama, *America at the Crossroads. Democracy, Power and the Neoconservative Legacy*, Yale University Press, New Haven, 2006; Frank Thomas: *The Wrecking Crew: How Conservatives Rule?* New York, Metropolitan Books. 2008.

Las elecciones presidenciales de 1968 fueron un reflejo de los grandes conflictos que aquejaban la nación y de falta de consenso entre los grupos dominantes, lo cual se manifestó en los dos partidos, reflejándose en el resultado de la votación el fraccionamiento político en los Estados Unidos. Según Ramón Sánchez Parodi, dicha elección *inauguró una nueva era en la política presidencial norteamericana, que con el breve interregno de James Carter (1977-1981) pero incluyendo los mandatos presidenciales del demócrata Bill Clinton (1992-2000), imprimió un sello conservador a la presidencia de la nación hasta las elecciones de noviembre de 2008.*²⁶ Es decir, si bien el período demócrata carteriano se puede identificar con una orientación ideológica liberal, no ocurre lo mismo con la etapa clintoniana, de similar afiliación partidista.

Las elecciones de 1976 se realizaron teniendo como telón de fondo la falta de cohesión entre los grupos de intereses que se agrupaban dentro de las filas republicanas o demócratas, a causa de los factores que afectaron sensiblemente a la sociedad norteamericana en la década de los años 70, entre ellas las crisis asociadas al escándalo Watergate, la derrota en Vietnam, la recesión económica y los reveses en política internacional, que propiciaron profundos cuestionamientos en la confianza, la legitimidad y la moralidad del sistema. Una fuerte pugna hacia el interior de ambos partidos, y entre los grupos dominantes norteamericanos, caracterizó la situación electoral en 1976, en un contexto de ausencia de líderes reconocidos y aceptados nacionalmente. La victoria de Carter, el primero de los dos únicos presidentes demócratas electos en los cuarenta años que transcurren entre 1968 y 2008, fue resultado de una transacción entre distintas corrientes de su partido. A pesar de su discurso y accionar liberal, Carter no logró modificar, en esencia, el rumbo conservador de la nación, iniciado al finalizar la década previa. En buena medida, su Administración recogería la cosecha de viejas pugnas internas entre facciones conservadoras y liberales dentro de las filas demócratas.

En las elecciones de 1980, la conocida coalición de fuerzas conservadoras que se estructuró como medio de expresión del descontento ante lo que se consideraban excesos del liberalismo y debilidades del gobierno demócrata de Carter, se plasmó en un articulado movimiento político en torno a la candidatura republicana de Reagan, que sumaba a

²⁶ Ramón Sánchez-Parodi: *El espectáculo electoral más costoso del mundo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2015, p. 120.

organizaciones sociales y religiosas, personalidades académicas, publicaciones periodísticas e instituciones de ciencias sociales, con auspicios bipartidistas, en la medida que no solo halló resonancia dentro de las filas republicanas, sino también en sectores desencantados del partido demócrata. La revolución conservadora no dejaría en pie bastión liberal alguno, y se extendería mediante la reelección de Reagan en 1984 y la victoria de George H. Bush en 1988. Así, los republicanos gozarían de un triple mandato, en tanto el partido demócrata se mantenía dividido entre conservadores sureños, liberales del nordeste, sindicalistas del medio-oeste, e intelectuales considerados de izquierda.

Sirvan los ejemplos tratados —obviando otros, que harían muy extenso el análisis— para ilustrar que las matrices ideológicas fluyen dentro de los partidos, sin afiliaciones rígidas, aunque en ocasiones existan correspondencias entre liberales y demócratas, o entre conservadores y republicanos. De otra parte, la incursión realizada permite percibir que el conservadurismo en los Estados Unidos no ha constituido un fenómeno fragmentado o aislado, sino una especie de constante cultural, que marca el sendero político contemporáneo en ese país. La tónica que define al proceso político en los Estados Unidos al comienzo del presente siglo revela la viabilidad de las propuestas políticas de los principales exponentes del conservadurismo, y su interrelación con las ya importantes transformaciones ocurridas a escala nacional. Una parte importante de esos cambios ha ocurrido en el plano subjetivo. Los términos del debate político se han ido alterando hasta relegar, pareciera que de modo progresivo, creciente, algunos de los principales soportes del ideario liberal, como los concernientes al papel del Estado en la economía. En este sentido, en la medida en que la historia ha demostrado que la cosecha conservadora de los años de 1980 tiene continuidad hoy, la ya vieja y olvidada por muchos afirmación de William Schneider acerca de que la verdadera magnitud de la revolución reaganiana solo sería visible a largo plazo, se ha visto en buena medida confirmada.²⁷

Liberalismo, conservadurismo y dinámica política

A partir de lo planteado, se desprende que la pretensión de ofrecer definiciones exactas para la distinción entre liberales y conservadores

²⁷ Véase los trabajos de William Schneider: «Half a Realignment», *The New Republic*, 3th December, 1984, y «An Uncertain Consensus», *National Journal*, 11 th October, 1984.

en las condiciones histórico-concretas de los Estados Unidos no arroja demasiada luz —y puede ser hasta engañosa— a la hora de comprender los procesos políticos, las inserciones partidistas o el lugar en la cultura nacional. La postura de liberales y conservadores varía, además, en relación con distintos temas (pena de muerte, aborto, impuestos, control de armas, matrimonio, guerra contra el terrorismo).

No obstante, se imponen algunas puntualizaciones, a fin de enmarcar este apresurado e incompleto escrutinio analítico, subrayando que las identificaciones se han modificado, en ambos casos, con el tiempo. En el caso de los liberales, en un inicio el término se refería básicamente a los individuos que defendían la libertad y la determinación de límites al poder y al control del Estado, y en la actualidad se identifica con el apoyo a reformas sociales y políticas. Los liberales favorecen la intervención del gobierno en la regulación de la economía; propugnan una vigorosa política a favor de los pobres, las mujeres y las minorías, articulada por la expansión de una red federal de servicios sociales, además de la defensa del medio ambiente y de los consumidores. Asimismo, promueven la acción gubernamental en función de la igualdad de oportunidades y la protección de las libertades civiles, los derechos humanos individuales. Los liberales reivindican la libertad como la base de la prosperidad de las naciones y de los individuos.

En cuanto a los conservadores, la tradición política inicial los caracterizaba por privilegiar el uso del poder gubernamental y la intervención e influencia en la vida de la nación de sectores privilegiados, como la aristocracia terrateniente, los empresarios y los líderes religiosos. Hoy día se les describe como defensores del orden establecido, proclives a promover arreglos que favorezcan un gobierno limitado, cuyas atribuciones no consideren la imposición de regulaciones a las empresas, con el argumento de que estas inciden negativamente en el nivel de vida de los ciudadanos, pues desincentivan la inversión. Tienen una firme creencia en el individuo, en su sentido de responsabilidad y en el principio de que las políticas públicas deben sustentarse en el empoderamiento personal para incentivar la capacidad de las personas que las ayude a resolver sus propios problemas.

Una mención adicional merece la referencia a la corriente libertaria, dado su lugar histórico, pero sobre todo, acentuado en las últimas décadas, que añaden complicación al escenario de hoy, ya que se habla con frecuencia, casi que indistintamente, de demócratas y republicanos

libertarios, atribuyéndole connotaciones conservadoras o liberales. Aunque requeriría precisiones más amplias, para expresarlo del modo más sintético posible basta con señalar que el término *libertarian*, que en ocasiones se traduce y confunde con el de liberal, en rigor, es más restrictivo que este último. A los efectos que interesan, sería conveniente distinguir entre «libertarios» (en el sentido norteamericano) y «liberales» o «liberales clásicos», que vendrían a ser la versión de una prédica que hace de la libertad la clave de su pensamiento. Así, un «liberal clásico», por ejemplo, acepta alguna clase de impuesto sobre la renta, si los bienes que este impuesto proporciona fuesen imposibles de suministrar por otros medios. Un «libertario», en cambio, lo descartaría por principio. Otro ejemplo: al esgrimir una defensa extrema de la libertad individual, los «libertarios» justifican la tenencia de armas. Por estas razones, aunque la tradición libertaria se emparenta con la ideología liberal, tiene grandes vasos comunicantes con las posiciones conservadoras, especialmente con las de derecha radical.

Bajo un prisma que interrelacione de modo dialéctico el universo ideológico en los Estados Unidos es que puede interpretarse la historia y la contemporaneidad de las matrices antes examinadas, y el papel de las principales corrientes en la dinámica política. La reactivación de una tendencia de extrema derecha en la cultura cívica norteamericana como el *Tea Party* —en tanto que surge inicialmente más como movimiento social que como entidad política—, cuya influencia se extiende con rapidez entre las filas republicanas, llegando a impregnar la plataforma del partido, a materializarse en la promoción de candidatos y a provocar severas contradicciones internas, tiene lugar en el contexto de la presidencia de un presidente negro, en la medida que ello hace que entre en erupción volcánica el trasfondo de la cultura *wasp* aludida y la tradición libertaria.²⁸ Y es ese mismo marco el que propicia que en la sociedad norteamericana emerja un movimiento semejante al conocido como de *indignados*, nacido en Europa, con las expresiones que adquiere *Occupy Wall Street*, sobre el cual ya se ha comentado. A pesar de las limitaciones apuntadas, no obstante, llamó la atención que no fuera tan efímero como se esperaba y que se extendiera más allá de su área de nacimiento, en Nueva York, hacia otros estados y regiones, sin alcanzar una capacidad de convo-

²⁸ Véase Theda Skocpol and Vanessa Williamson: *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, Oxford University Press, New York, 2012.

catoria nacional como movimiento de izquierda, por las razones históricas ya explicadas.

Cuando se examina de conjunto la problemática ideológica y sociopolítica que caracteriza a los Estados Unidos al comenzar el siglo XXI y se constata que no existen dudas acerca del espacio reducido que encuentra el liberalismo como proyección elaborada en el pensamiento académico, los llamados *tanques pensantes* ni en el partido demócrata. En cambio, es visible el predominio del conservadurismo en todas aquellas esferas, niveles o estructuras en las que se define el curso de la vida nacional, dentro y fuera del país —a través del discurso de funcionarios y líderes gubernamentales, de los debates congresionales, de los trabajos escritos por especialistas e instituciones de las ciencias sociales y de los medios de difusión masiva. Si se compara con la situación que existía en el período anterior, por ejemplo, en el período de 1980 y de 2000, bajo gobiernos republicanos bien conservadores, se advierte una pauta de continuidad, si bien expresada dentro de nuevas coordenadas históricas.

Vale la pena recalcar que cuando se habla de pensamiento conservador, como lo precisa Paz Consuelo Márquez Padilla, *no es una categoría fija o transparente, sino siempre contextualizada y dependiente del debate político del momento; se trata de una matriz que constituye un conjunto de ideas o creencias que propone el mantenimiento del sistema político existente; es un concepto con una gran carga emotiva y en muchos países tiene connotación negativa; puede decirse que conservadurismo se contraponen a pensamiento progresista y de alguna forma se definen mutuamente.*²⁹ Siguiendo a autores como John Micklethwait y Adrian Wooldridge, por conservador se entiende a una persona que se adhiere a los siguientes principios: desconfianza frente al poder del Estado; preferencia por la libertad sobre la igualdad; patriotismo; confianza en las instituciones, las costumbres y las jerarquías; escepticismo ante la idea del progreso; elitismo.

Lo que define al contexto actual en los Estados Unidos en términos del mosaico ideológico interno, es una suerte de recreación de la situación de los años ochentas, toda vez que el pensamiento conservador, su auge y articulación a un entramado amplio, casi que podría calificarse de totalizador, sin desconocer fisuras y contraposiciones, con expresio-

²⁹ Paz Consuelo Márquez Padilla: «Tendencias conservadoras en Estados Unidos», en: Mónica Vereá y Silvia Núñez (coordinadoras), *El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá. Tendencias y perspectivas hacia el fin del milenio*, CISAN/UNAM, México, 2000, p. 20.

nes en lo político, ideológico y religioso, se debe a la decadencia del liberalismo, es como la otra cara de una misma moneda. Se trata, regresando a cuestiones ya expuestas, de una matriz que penetra en todas las esferas de la vida cotidiana, la cultura, la religión y las actitudes de la población hacia temas como la igualdad racial, sexual, la familia, que el liberalismo consideraba como conquistas de la forma de vida en los Estados Unidos. Con el ascenso del conservadurismo hay un regreso a valores tradicionales, se exagera el racismo, hay una retracción de los movimientos feministas, entran en crisis valores nuevos de los jóvenes que se desarrollaron en los años sesenta y setenta. Incluso, en el nivel de la relación de la sociedad con el *establishment*, si se recuerdan los años de 1980, perdieron entonces vigencia los movimientos opositores y contraculturales que tuvieron un gran auge en períodos anteriores, como las protestas civiles contra la participación de los Estados Unidos en Vietnam, a través del *hippismo*, la canción protesta.

La situación en las décadas de 2000 y 2010, desde luego, no es la misma, y determinadas formas que afirman derechos y reclamos de grupos que han sido minoritarios y vulnerables, pareciera que llegaron para quedarse, en campos como el del feminismo, el homosexualismo, la aceptación, en general, de la diversidad, la defensa de la multiculturalidad, multiracialidad y multietnicidad. Junto a las visiones diferentes frente a esos temas, se hallan las tocantes a los impuestos, las prestaciones sociales, el aborto, la inmigración y desde luego, a la política exterior. De nuevo, entre las grandes polarizaciones ideológicas y debates políticos, se advierten zonas de confluencia en la cultura cívica ante cuestiones relativas a las percepciones de amenazas a la identidad e intereses nacionales, entre otros aspectos. Si bien esto no tiene repercusión política en términos de plataformas partidistas ni se refleja en debates congresionales, en posiciones de campañas electorales, donde lo que prevalece es la oferta de alternativas distintivas de cada bando, el *credo* norteamericano no ha abandonado el imaginario cultural.

Durante el decenio de 2000, en buena parte de la literatura especializada —política, académica y periodística— la etiqueta con la que se identificaba la atmósfera ideológica imperante en la sociedad norteamericana, el discurso y la práctica del doble gobierno de W. Bush era la del neoconservadurismo. Con un criterio riguroso, podría decirse que aunque retrataba los componentes esenciales del enfoque que nu-

tría la política exterior, se hizo uso y abuso del calificativo, a la hora de caracterizar el mosaico de ideas que caracterizaba la cultura política.³⁰ Es cierto que reaparecieron figuras que tuvieron protagonismo, como exponentes de la corriente neconservadora durante el decenio de 1980, algunos de ellos que se vincularon al denominado Proyecto del Nuevo Siglo Americano, desde finales de años de 1990, y de otros, con vinculaciones incluso familiares con paladines del neoconservadurismo, que Jesús Velasco ha calificado como neoconservadores de segunda generación, y Elíades Acosta Matos como *necons reciclados*.³¹ Pero en la escena política, mantuvieron espacios otras vertientes, como la de los conservadores tradicionales, dentro del partido republicano, con menor impacto, pero siempre presentes, y con mayor notoriedad sectores de la «nueva» derecha (ya no tan novedosa, pero sí bien definida) y de modo descollante, la derecha religiosa. De alguna manera, en el decenio en curso ha proseguido esta tendencia, palpable en los nuevos desarrollos del extremismo político, con la continuada representación de la derecha radical, a través del *Tea Party*, como elemento no único, pero sí el más visible y polémico, y de los sectores religiosos cristianos.

Es decir, hoy día aunque las corrientes conservadoras siguen acaparando la centralidad del espectro ideológico, su composición ha cambiado. Por ejemplo, ya quedó atrás la pujanza, prolongando lo antes expuesto, de las resonantes *New Right* o *Moral Majority*, la constante mención a activos *think-tanks*, como *Heritage Foundation*, *Hoover Institution*, *Centre for Strategic and International Studies*, *American Enterprise Institute*, así como de aquel grupo que alcanzaba su identidad a partir de la definición de propuestas ampliamente argumentadas de políticas económicas, caracterizándose por su afán en presentar enfoques alternativos capaces de nutrir el proceso de formulación de opciones gubernamentales viables, como la *supply-side economics* o economía orientada hacia la oferta, o el monetarismo. En resumen, de aquellos grupos

³⁰ Véase William Kristol and Robert Kagan: «Toward a Neo-Reaganite Foreign Policy», en *Foreign Affairs* No. 75, July/August, New York, 1996; Stefan A. Halper and Jonathan Clarke: *America Alone: The Neo-Conservatives and the Global Order*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004; Anatol Lieven: *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 2004; y Bruce C. Rahtbun: «Does One Right Make a Realist? Conservatism, Neoconservatism, and Isolationism in the Foreign Policy Ideology of American Elites», en *Political Science Quarterly*, Vol. 23, No. 2, New York, 2008.

³¹ Véase Jesús Velasco: «Neoconservatives in U.S. Foreign Policy under Ronald Reagan and George W. Bush: Voices behind the Throne», en *Political Science Quarterly*, Vol. 126, No. 4, New York, 2011, y Elíades Acosta Matos: *El Apocalipsis según San George*, Casa Editora Abril, La Habana, 2005.

fundamentales, los que han dejado mayor huella hasta nuestros días, han sido dos: por un lado, está la vertiente de la «nueva» derecha, que se transforma, incrementando, por un lado, su definición y compromiso religioso, amalgamándose con la derecha religiosa, y que en la actualidad se conoce como la derecha cristiana, tributando racionalidad a los extremistas del *Tea Party* y prolongándose hasta los puntos de contacto con el nativismo y el populismo de Trump; por otro, está el movimiento neoconservador, que a la luz del siglo XXI podría considerársele como un neoconservadurismo renovado, cuya presencia durante la primera década, con W. Bush, fue notoria, relativizada en la segunda, con Obama, pero aún pujante. La contienda presidencial de 2016 fue escenario de ambas proyecciones y de sus contradicciones.

El entramado sociopolítico y la coyuntura electoral de 2016

El desarrollo de las elecciones de 2016 en los Estados Unidos, desde las primarias y las convenciones partidistas hasta los resultados de los comicios del 8 de noviembre, puso de manifiesto con perfiles más acentuados, como ha ocurrido en situaciones similares en anteriores etapas de la historia norteamericana reciente, la crisis que vive el país desde la década de 1980 y que se ha hecho visible de modo sostenido, con ciertas pausas, más allá de las coyunturas electorales. La pugna política entre demócratas y republicanos, así como las divisiones ideológicas internas dentro de ambos partidos, junto a la búsqueda de un nuevo rumbo o proyecto de nación, definió la campaña presidencial, profundizando la transición inconclusa en los patrones tradicionales que hasta la denominada Revolución Conservadora caracterizaban el imaginario, la cultura y el *mainstream* político-ideológico de la sociedad norteamericana. Esa transición se troquela en torno a la relación Estado/sociedad/mercado/individuo, teniendo como eje la redefinición del nexo entre lo privado y lo público, entre economía y política. De ahí que la crisis no se restrinja a una u otra dimensión, sino que se trate de una conmoción integral, que es transversal, de naturaleza moral, cultural, y que en sus expresiones actuales, no sea ni un fenómeno totalmente novedoso ni sorprendente.

Con el telón de fondo de la crisis en la esfera económico-financiera, que resulta determinante para la sociedad en su conjunto, queda claro que el sistema político, y en particular, el subsistema electoral, también

están atrapados en ese proceso más amplio. Es decir, que los procesos electorales que tienen lugar en ese país al finalizar el siglo XX y los que acontecen durante la década y media transcurrida en el XXI (las de 2004, 2008, 2012 y 2016), han reflejado una penetrante crisis que trasciende el ámbito económico, se expresa en el sistema político y además, en la cultura.

Como contextualización, si se quiere, del entorno político-ideológico global que sirve de trasfondo a este análisis, en ese país se conmemoró el décimo quinto aniversario de los atentados terroristas perpetrados el 11 de septiembre de 2001, apelando a la recuperación de la autoestima de la nación, recordando la tragedia, honrando a sus víctimas, mostrando una imagen de unos Estados Unidos capaces de reconstruir sus símbolos y garantizar su seguridad, cuyo poderío militar y cultural ha superado la tragedia, con una presidencia que ajustició a Bin Laden, pero que aún lucha contra los exponentes del terrorismo que promueven Al Qaeda y el Estado Islámico, en un país que cada vez más es más multicultural, multiétnico y multirracial.

En el marco de la citada Revolución Conservadora se resquebrajó la imagen mundial que ofrecían los Estados Unidos como sociedad en la que el liberalismo se expresaba de manera ejemplar, emblemática, al ganar creciente presencia el movimiento conservador que se articuló como reacción ante las diversas crisis que se manifestaron desde mediados de la década precedente, y que respaldó la campaña presidencial de Ronald Reagan, como candidato republicano victorioso. Con ello se evidenciaba el agotamiento del proyecto nacional que en la sociedad norteamericana se había establecido desde los tiempos del *New Deal*, y concluía el predominio del liberalismo, conformando un arco de crisis que trascendía los efectos del escándalo *Watergate*, la recesión económica de 1974-76, el síndrome de Vietnam y los reveses internacionales que impactaron entonces la política exterior de los Estados Unidos.

Así, el conservadurismo aparecería como una opción que, para no pocos autores, constituía una especie de sorpresa, al considerarle como una ruptura del *mainstream* cultural, signado por el pensamiento y la tradición política liberal. En la medida en que el país era concebido en términos de los mitos fundacionales que acompañaron la formación de la nación, y percibido como la cuna y como modelo del liberalismo, el hecho de que se registrara su quiebra era un hecho sin precedentes

en la historia norteamericana. Así, la acumulación de frustraciones que desde los años de 1960 estremecieron al país, con la conjugación del auge del movimiento por los derechos civiles, el nacionalismo negro, la contracultura, el fenómeno *hippie*, las drogas, la canción protesta y el sentimiento antibelicista, junto al cuestionamiento de la eficiencia de los gobiernos demócratas y de las políticas liberales para proteger la fortaleza económica, política y moral del imperio, conducen a finales de la década de 1970 a la búsqueda de alternativas que pudiesen superar las sensaciones de desencanto o decepción asociadas a las debilidades atribuidas a la Administración Carter, y devolverle tanto a la opinión pública, a la sociedad civil y a los círculos gubernamentales, la habitual autoestima nacional.

Las expectativas que se crearon desde los comicios de 2008 y de 2012, cuando Obama se proyectaba como candidato demócrata, esgrimiendo primero la consigna del cambio (*change*) y luego la de seguir adelante (*go forward*), formulando las promesas que en su mayoría no cumplió, son expresión de lo anterior, a partir de la frustración que provocara la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño en su doble período de gobierno, junto a otros acontecimientos traumáticos que conllevaron afectaciones en la credibilidad y confianza popular, como las impactantes filtraciones de más de 250 mil documentos del Departamento de Estado a través de *Wikileaks*. Ese contrapunto reflejaba tanto las esperanzas como las desilusiones de una sociedad que, desde el punto de vista objetivo se ha venido alejando cada vez más del legado de la Revolución de Independencia y de ideario de los *padres fundadores*, en la medida en que valores como la democracia, la libertad, el anhelo de paz y la igualdad de oportunidades se desdibujan de manera casi constante y creciente; pero que en el orden subjetivo es moldeable, influenciado por las coyunturas políticas, como las electorales, y sus manipulaciones.

De hecho, si bien las proyecciones político-ideológicas de Obama desde sus campañas presidenciales en 2008 y 2012 sugerían un retorno liberal, en la práctica su desempeño nunca cristalizó en un renacimiento del proyecto liberal tradicional, el cual también parece estar agotado o haber perdido funcionalidad cultural. Con Obama se abrieron espacio concepciones de un conservadurismo pragmático, donde se ponían de manifiesto enfoques neoconservadores junto a otros, de la derecha moderada tradicional.

En 2016, la plataforma que acompañó a Trump tuvo un antecedente no sólo en las propuestas de la Nueva Derecha que impulsaron, según ya se ha mencionado, a la Revolución Conservadora, en interacción con otras corrientes, sino en el movimiento en ascenso, también de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba, encarnadas luego, casi treinta años después, en el *Tea Party*, cuyas ramificaciones comparten vasos comunicantes con posiciones de Trump. Entretanto, descolló la tendencia encarnada por Bernie Sanders, identificada como radical y socialista, que tenía como antecedente al movimiento *Occupy Wall Street*, exponente de una orientación de inconformidad y rechazo ante la oligarquía financiera, que no logró constituirse como fuerza política que rompiera el equilibrio establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo. Este fenómeno, efímero, pero significativo, respondía al mismo contexto en que nació el *Tea Party* y el fenómeno Trump.

El movimiento conservador, cuyo desarrollo se hizo notablemente visible al comenzar la campaña electoral a inicios de 2016, alimentado por el resentimiento de una rencorosa clase media empobrecida y por la beligerancia de sectores políticos que se apartan de las posturas tradicionales del partido republicano, rompe los moldes establecidos, evoca un nacionalismo chauvinista, acompañado de reacciones casi fanáticas de intolerancia xenófoba, racista, misógina.³²

Estas recientes expresiones del conservadurismo reflejan la frustración del sector de hombres blancos adultos, acumulada desde los años de 1960, a partir de hechos como la emancipación de la mujer, la lucha por los derechos civiles, las leyes para la igualdad social, el dinamismo del movimiento de la población negra y latina, de homosexuales y defensores del medio ambiente y de la paz, por considerar que le han ido restando poder y derechos, así como robando sus espacios de expresión. Se trata de ese sector poblacional blanco, de clase media, que se ha ido incrementando durante las últimas décadas, que fue orgullo de la nación en los años de la segunda posguerra, sobre todo en los de 1950, pero que ha sido, según sus percepciones, maltratado por la última revolución tecnológica, la proyección externa de libre comercio y la reciente crisis económica. La presentación que hizo Trump sobre las preocupaciones e intereses de ese sector venía muy bien a la estructura

³² Véase Robert Kagan: «Trump is the GOP's Frankenstein monster», *The Washington Post*, February 26th, 2016.

ideológica, al imaginario, de los votantes blancos trabajadores —llamados de «cuello azul» - y de clase media—, muchos de ellos de bajos ingresos y menor nivel de educación, a quienes persuadió de que los extranjeros y los inmigrantes les estaban «robando» el país, y de que sus dificultades económicas tenían que ver con los tratados de libre comercio.

En resumen, el desarrollo de la contienda presidencial dejó ver, desde su despliegue a comienzos de 2016, la tendencia referida, en un entorno de acusadas contradicciones ideológicas y rivalidades partidistas, que se inscriben en el expediente de la crisis cultural que como telón de fondo acoge, como ha sucedido en otras oportunidades, a una diversidad de figuras que van quedando en el camino, entre esfuerzos dirigidos a su propia promoción y a la descalificación de los demás contrincantes. En la sociedad norteamericana de hoy se han hecho más intensas y profundas las fisuras en el sistema bipartidista. Luego de la inimaginable elección de un presidente negro en 2008, ahora se asistió a la no menos inusitada nominación de una mujer presidenciable, con imagen de político tradicional, y de un hombre anti-*establishment*, cuya proyección totalmente escandalosa, irreverente, iconoclasta, herética, desvergonzada, le hacían ver como no presidenciable.

El 8 de noviembre de 2016, a pesar de la tardía conciencia del partido republicano por salvar su imagen coherencia, se impuso la figura de Trump, con sus expresiones fanáticas de xenofobia, espíritu anti inmigrante, intolerancia, excentricismo e incitación a la violencia. Los esfuerzos de los republicanos tradicionales y de los neoconservadores por presentar opciones a Trump, dejaron claro tanto la polarización al interior del partido, como el hecho de que no se sentían reconocidos con su figura ni con el ideario que pregonaba. A riesgo de ser reiterativo, no debe perderse de vista que en ese partido coexisten grupos muy diversos, con posiciones hasta encontradas, como los conservadores ortodoxos, los variados e inconexos grupos del *Tea Party*, la derecha radical, los cristianos evangélicos, los libertarios y los neoconservadores, siendo estos últimos los principales críticos de Trump, que inclinaron sus preferencias hacia el partido demócrata. Trump encontró un terreno fértil, según ya se ha explicado, en las condiciones que han afectado el lugar y papel de un sector específico de la sociedad norteamericana, lo que ha podido explotar en su beneficio en la medida en que fue

capaz de hablar su mismo lenguaje, de dirigir su discurso populista y patrioterico hacia los corazones y las mentes de los *wasps*.

Los Estados Unidos han dejado de ser hace tiempo el país que los norteamericanos creen que es, o dicen que es. Las contradicciones en que ha vivido y vive hoy, en términos ideológicos y partidistas no pueden ya ser sostenidas ni expresadas por la simple retórica. Escapan a la manipulación discursiva tradicional —mediática, gubernamental, política—, y colocan al sistema ante dilemas que los partidos, con sus rivalidades, no están en capacidad de enfrentar, y que no llegan a cristalizar en un nuevo consenso nacional. Como lo expresaron en un pormenorizado, bien documentado y oportuno análisis los especialistas Luis René Fernández Tabío y Hassan Pérez Casabona, al evaluar los resultados electorales del 8 de noviembre, *la división política contenida y expresada durante el ciclo electoral que se cierra en 2016 tuvo como dilema central poner a prueba la capacidad del sistema de ajustarse y sobrepasar sus contradicciones, o seguir manifestando estancamiento y falta de funcionalidad, para regir los destinos de la nación en la etapa contemporánea*.³³ Aquí radica una de las principales incógnitas a despejar, retomando las premisas iniciales de este trabajo, relacionadas con la interacción dialéctica entre el sistema y la presidencia de la nación. En este sentido, se trataría de ver si en efecto, Trump es el jefe de Estado, o si solo es el Presidente de los Estados Unidos.

El paisaje político-ideológico que se configurará en los Estados Unidos luego de los comicios presidenciales de 2016 confirmará que en ese país las elecciones no están concebidas ni diseñadas para cambiar el sistema, sino para mantenerlo y reproducirlo, dando continuidad a un contradictorio camino, plagado de tensiones económicas, políticas y sociales. El nuevo escenario mostrará los espacios, posibilidades y límites que pueden hallar las tendencias conservadoras promovidas por Trump, impulsadas desde un partido republicano sumamente dividido, con rivalidades internas y frente a un partido demócrata cargado de frustración, sobresalto y amargura, en una sociedad más polarizada que nunca, gozando del acompañamiento de un jubiloso Congreso también republicano, en una sociedad notablemente dividida. El tiempo dirá si se mantendrá su retórica populista, o si mode-

³³ Luis René Fernández Tabío y Hassan Pérez Casabona: «La victoria de Trump (segunda parte)», en www.trabajadores.cu/2016/11/13/la-victoria-de-trump-una-aproximacion-preliminar-ii-parte/. La Habana, 13 de noviembre de 2016.

rará su discurso y acción a tono con la tendencia al *mainstream* tradicional en el país.

Según lo que se aprecia unas semanas después de la toma de posesión, el nuevo Presidente ha intentado ser consecuente con sus posturas extremistas, manifestadas durante la campaña electoral. ¿Expresará la política y la retórica de Trump, de forma sostenida y efectiva, la solución que esperan sectores de esa sociedad blanca, de cara al proceso electoral de 2020? Sería muy prematuro pretender ahora contar con la respuesta a esa y otras interrogantes, si bien pareciera que en el siglo XXI ni los partidos políticos ni los gobiernos en los Estados Unidos consiguen implementar un proyecto viable de nación, con la credibilidad y confianza requeridas para movilizar un respaldo estable que trascienda las coyunturas electorales.